



F. Scott Fitzgerald

Berenice se
Corta el Pelo

E LEJANDRIA

F. Scott Fitzgerald

Berenice se
Corta el Pelo

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

BERENICE SE CORTA EL PELO

F. SCOTT FITZGERALD

PUBLICADO: 1920

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: FLAPPERS AND PHILOSOPHERS

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

BERENICE SE CORTA EL PELO

CAPÍTULO I

Al anochecer del sábado, desde el primer tee del campo de golf, se podían ver las ventanas del club de campo como una extensión amarilla sobre un océano muy negro y ondulado. Las olas de este océano, por así decirlo, eran las cabezas de muchos curiosos arremolinados, unos pocos chóferes de los más ingeniosos, la hermana sorda del profesional de golf... y solía haber varias olas dispersas y tímidas que podrían haber entrado si así lo hubieran deseado. Esta era la galería.

El palco estaba dentro. Consistía en el círculo de sillas de mimbre que bordeaban la pared del salón que servía a la vez de club y de baile. En estos bailes de sábado por la noche, era mayoritariamente femenino; un gran bullicio de damas de mediana edad con ojos agudos y corazones helados tras los impertinentes y los grandes pechos. La función principal del palco era crítica; ocasionalmente mostraba una admiración reticente, pero nunca aprobación, pues es bien sabido entre las damas mayores de treinta y cinco años que cuando la gente joven baila en verano, lo hace con las peores intenciones del mundo, y si no son bombardeadas con ojos pétreos, parejas aisladas bailarán extraños interludios bárbaros en los rincones, y las chicas más populares, más peligrosas, a veces serán besadas en las limusinas aparcadas de matronas desprevenidas.

Pero, después de todo, este círculo crítico no está lo suficientemente cerca del escenario para ver las caras de los actores y captar las sutilezas del juego escénico. Solo puede fruncir el ceño e inclinarse, hacer preguntas y sacar deducciones satisfactorias de su conjunto de postulados, como aquel que afirma que todo joven con grandes ingresos lleva la vida de una perdiz acosada. Nunca aprecia realmente el drama del cambiante y semicruel mundo de la adolescencia. No; los palcos, el patio de butacas, los protagonistas y el coro están representados por la mezcla de rostros y voces que se mecen al lastimero ritmo africano de la orquesta de baile de Dyer.

Desde Otis Ormonde, de dieciséis años, a quien le quedan dos años más en Hill School, hasta G. Reece Stoddard, sobre cuyo escritorio en casa cuelga un diploma de derecho de Harvard; desde la pequeña Madeleine Hogue, cuyo cabello todavía se siente extraño e incómodo sobre su cabeza, hasta Bessie MacRae, que ha sido el alma de la fiesta durante demasiado tiempo —más de diez años—, la mezcla no solo es el centro del escenario, sino que contiene a las únicas personas capaces de obtener una visión despejada del mismo.

Con un floreo y un estruendo, la música se detiene. Las parejas intercambian sonrisas artificiales y sin esfuerzo, repiten burlonamente «la-de-da-da dum-dum», y entonces el clamor de jóvenes voces femeninas se eleva sobre el estallido de aplausos.

Unos pocos hombres solos, decepcionados, atrapados en medio de la pista cuando estaban a punto de sacar a bailar a alguien, se retiraron lánguidamente hacia las paredes, porque esto no era como los bulliciosos bailes de Navidad; estos bailes más modestos se consideraban simplemente agradablemente cálidos y emocionantes, donde incluso los recién casados más jóvenes se levantaban y ejecutaban antiguos valeses y terroríficos fox trots para diversión tolerante de sus hermanos y hermanas menores.

Warren McIntyre, que asistía casualmente a Yale, siendo uno de los desafortunados hombres solos, buscó un cigarrillo en el bolsillo de su esmoquin y salió a la amplia y semioscura veranda, donde las

parejas se dispersaban en las mesas, llenando la noche adornada con farolillos de palabras vagas y risas difusas. Saludó con la cabeza aquí y allá a los menos absortos y, al pasar junto a cada pareja, algún fragmento medio olvidado de una historia acudía a su mente, pues no era una ciudad grande y todo el mundo era un Quién es Quién en el pasado de los demás. Allí, por ejemplo, estaban Jim Strain y Ethel Demorest, que llevaban tres años comprometidos en secreto. Todo el mundo sabía que en cuanto Jim lograra mantener un trabajo durante más de dos meses, ella se casaría con él. Sin embargo, qué aburridos parecían ambos, y con qué cansancio miraba Ethel a veces a Jim, como si se preguntara por qué había enredado las vides de su afecto en un álamo tan azotado por el viento.

Warren tenía diecinueve años y sentía bastante lástima por aquellos de sus amigos que no habían ido a estudiar a una universidad del Este. Pero, como la mayoría de los chicos, presumía tremendamente de las chicas de su ciudad cuando estaba lejos de ella. Estaba Genevieve Ormonde, que regularmente hacía la ronda de bailes, fiestas en casas particulares y partidos de fútbol americano en Princeton, Yale, Williams y Cornell; estaba Roberta Dillon, de ojos negros, que era tan famosa para su propia generación como Hiram Johnson o Ty Cobb; y, por supuesto, estaba Marjorie Harvey, quien además de tener un rostro de hada y una lengua deslumbrante y desconcertante, ya era justamente célebre por haber dado cinco volteretas seguidas durante el último baile formal en New Haven.

Warren, que había crecido al otro lado de la calle de Marjorie, llevaba mucho tiempo «loco por ella». A veces ella parecía corresponder a sus sentimientos con una leve gratitud, pero lo había sometido a su prueba infalible y le había informado gravemente que no lo amaba. Su prueba consistía en que cuando estaba lejos de él, lo olvidaba y tenía aventuras con otros chicos. Warren encontraba esto desalentador, especialmente porque Marjorie había estado haciendo pequeños viajes durante todo el verano, y durante los primeros dos o tres días después de cada llegada a casa, veía

grandes montones de correo sobre la mesa del recibidor de los Harvey dirigidos a ella con diversas caligrafías masculinas. Para empeorar las cosas, durante todo el mes de agosto la había visitado su prima Bernice, de Eau Claire, y parecía imposible verla a solas. Siempre era necesario buscar a alguien para que se ocupara de Bernice. A medida que agosto menguaba, esto se volvía cada vez más difícil.

Por mucho que Warren adorara a Marjorie, tenía que admitir que la prima Bernice era bastante sosa. Era bonita, de pelo oscuro y mejillas sonrosadas, pero no era divertida en las fiestas. Cada sábado por la noche bailaba con ella un largo y arduo baile de compromiso para complacer a Marjorie, pero nunca se había sentido más que aburrido en su compañía.

—Warren... —una voz suave a su lado interrumpió sus pensamientos, y se giró para ver a Marjorie, sonrojada y radiante como de costumbre. Ella le puso una mano en el hombro y un resplandor se posó casi imperceptiblemente sobre él.

—Warren —susurró—, haz algo por mí... baila con Bernice. Lleva casi una hora plantada con el pequeño Otis Ormonde.

El resplandor de Warren se desvaneció.

—Claro... por supuesto —respondió con desgana.

—No te importa, ¿verdad? Me aseguraré de que no te quedes plantado con ella.

—No pasa nada.

Marjorie sonrió, esa sonrisa que era agradecimiento suficiente.

—Eres un ángel, y te lo agradezco un montón.

Con un suspiro, el ángel recorrió la veranda con la mirada, pero Bernice y Otis no estaban a la vista. Volvió a entrar y allí, frente al tocador de señoras, encontró a Otis en el centro de un grupo de jóvenes que se retorcían de risa. Otis blandía un trozo de madera que había recogido y discurría volublemente.

—Ha entrado a arreglarse el pelo —anunció alocado—. Estoy esperando para bailar otra hora con ella.

Las risas se renovaron.

—¿Por qué no le quitáis el puesto alguno de vosotros? —gritó Otis con resentimiento—. Le gusta más variedad.

—Vamos, Otis —sugirió un amigo—, apenas te has acostumbrado a ella.

—¿Por qué el listón de madera, Otis? —inquirió Warren, sonriendo.

—¿El listón? Ah, ¿esto? Esto es una porra. Cuando salga, le daré en la cabeza y la haré entrar de nuevo.

Warren se desplomó en un sofá y aulló de alegría.

—No te preocupes, Otis —articuló finalmente—. Yo te relevo esta vez.

Otis simuló un repentino desmayo y le entregó el palo a Warren.

—Por si lo necesitas, viejo amigo —dijo con voz ronca.

No importa cuán hermosa o brillante sea una chica, la reputación de que no le quiten el puesto con frecuencia hace que su posición en un baile sea desafortunada. Quizás los chicos prefieran su compañía a la de las mariposas con las que bailan una docena de veces, pero la juventud en esta generación alimentada por el jazz es temperamentalmente inquieta, y la idea de bailar más de un fox trot completo con la misma chica es desagradable, por no decir odiosa. Cuando se trata de varios bailes y los intermedios entre ellos, puede estar bastante segura de que un joven, una vez relevado, nunca volverá a pisarle sus errantes pies.

Warren bailó el siguiente baile completo con Bernice y, finalmente, agradecido por el intermedio, la llevó a una mesa en la veranda. Hubo un momento de silencio mientras ella hacía cosas poco impresionantes con su abanico.

—Hace más calor aquí que en Eau Claire —dijo ella.

Warren reprimió un suspiro y asintió. Podría ser, por lo que él sabía o le importaba. Se preguntó ociosamente si era una conversadora pobre porque no recibía atención o si no recibía atención porque era una conversadora pobre.

—¿Vas a estar aquí mucho más tiempo? —preguntó, y luego se sonrojó un poco. Podría sospechar sus razones para preguntar.

—Otra semana —respondió ella, y lo miró fijamente como si fuera a lanzarse sobre su siguiente comentario en cuanto saliera de sus labios.

Warren se inquietó. Luego, con un repentino impulso caritativo, decidió probar parte de su repertorio con ella. Se giró y la miró a los ojos.

—Tienes una boca terriblemente besable —empezó en voz baja.

Este era un comentario que a veces hacía a las chicas en los bailes universitarios cuando hablaban en una penumbra similar a esta. Bernice dio un respingo visible. Se puso de un rojo poco agraciado y se volvió torpe con su abanico. Nadie le había hecho nunca un comentario así.

—¡Qué fresco! —la palabra se le había escapado antes de darse cuenta, y se mordió el labio. Demasiado tarde decidió mostrarse divertida y le ofreció una sonrisa azorada.

Warren estaba molesto. Aunque no estaba acostumbrado a que tomaran en serio ese comentario, solía provocar una risa o un párrafo de bromas sentimentales. Y odiaba que lo llamaran fresco, excepto en broma. Su impulso caritativo murió y cambió de tema.

—Jim Strain y Ethel Demorest sentados fuera como de costumbre —comentó.

Esto encajaba más con el estilo de Bernice, pero un leve arrepentimiento se mezcló con su alivio al cambiar de tema. Los hombres no le hablaban de bocas besables, pero sabía que hablaban de esa manera a otras chicas.

—Oh, sí —dijo, y rio—. Oigo que llevan años andando como almas en pena sin un céntimo. ¿No es tonto?

El disgusto de Warren aumentó. Jim Strain era un amigo íntimo de su hermano y, de todos modos, consideraba de mal gusto burlarse de la gente por no tener dinero. Pero Bernice no había tenido intención de burlarse. Simplemente estaba nerviosa.

CAPÍTULO II

Cuando Marjorie y Bernice llegaron a casa a las doce y media de la noche, se dieron las buenas noches al final de la escalera. Aunque eran primas, no eran íntimas. De hecho, Marjorie no tenía amigas íntimas; consideraba que las chicas eran estúpidas. Bernice, por el contrario, durante toda esta visita organizada por sus padres, había anhelado bastante intercambiar esas confidencias aderezadas con risitas y lágrimas que consideraba un factor indispensable en todo trato femenino. Pero en este aspecto encontraba a Marjorie bastante fría; sentía de algún modo la misma dificultad para hablar con ella que la que tenía al hablar con los hombres. Marjorie nunca soltaba risitas, nunca se asustaba, rara vez se avergonzaba y, de hecho, poseía muy pocas de las cualidades que Bernice consideraba apropiada y benditamente femeninas.

Mientras Bernice se ocupaba del cepillo de dientes y la pasta esa noche, se preguntó por centésima vez por qué nunca recibía atención cuando estaba fuera de casa. Que su familia fuera la más rica de Eau Claire, que su madre ofreciera recepciones tremendas, diera pequeñas cenas para su hija antes de todos los bailes y le comprara un coche propio para moverse, nunca se le ocurrió como factores de su éxito social en su ciudad natal. Como la mayoría de las chicas, había sido criada con la leche tibia preparada por Annie

Fellows Johnston y con novelas en las que la mujer era amada debido a ciertas misteriosas cualidades femeninas siempre mencionadas pero nunca mostradas.

Bernice sintió un vago dolor por no estar dedicada en ese momento a ser popular. No sabía que, de no haber sido por la campaña de Marjorie, habría bailado toda la noche con un solo hombre; pero sabía que incluso en Eau Claire otras chicas con menos posición y menos belleza eran mucho más solicitadas. Atribuía esto a algo sutilmente inescrupuloso en esas chicas. Nunca le había preocupado, y si lo hubiera hecho, su madre le habría asegurado que las otras chicas se rebajaban y que los hombres realmente respetaban a chicas como Bernice.

Apagó la luz de su baño y, por un impulso, decidió entrar y charlar un momento con su tía Josephine, cuya luz seguía encendida. Sus suaves zapatillas la llevaron silenciosamente por el pasillo alfombrado, pero al oír voces dentro, se detuvo cerca de la puerta entreabierta. Entonces oyó su propio nombre y, sin ninguna intención definida de escuchar a escondidas, se quedó allí; y el hilo de la conversación que tenía lugar dentro atravesó su conciencia bruscamente, como si hubiera sido pasado con una aguja.

—¡Es absolutamente un caso perdido! —Era la voz de Marjorie—. ¡Oh, ya sé lo que vas a decir! ¡Tanta gente te ha dicho lo guapa y dulce que es, y cómo sabe cocinar! ¿Y qué? Lo pasa fatal. No les gusta a los hombres.

—¿Qué importa un poco de popularidad barata?

La señora Harvey sonaba molesta.

—Lo es todo cuando tienes dieciocho años —dijo Marjorie enfáticamente—. He hecho todo lo posible. He sido amable y he hecho que los hombres bailen con ella, pero simplemente no soportan aburrirse. Cuando pienso en esa espléndida coloración desperdiciada en una tonta como ella, y pienso en lo que Martha Carey podría hacer con ella... ¡oh!

—No hay cortesía en estos días.

La voz de la señora Harvey implicaba que las situaciones modernas la superaban. Cuando ella era joven, todas las señoritas que pertenecían a buenas familias se lo pasaban de maravilla.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna chica puede apoyar permanentemente a una invitada «pato cojo», porque en estos días cada chica va a lo suyo. Incluso he intentado lanzarle indirectas sobre la ropa y esas cosas, y se ha enfurecido, me ha echado unas miradas rarísimas. Es lo bastante sensible como para saber que no está teniendo mucho éxito, pero apostaría a que se consuela pensando que es muy virtuosa y que yo soy demasiado alegre y casquivana y que acabaré mal. Todas las chicas impopulares piensan así. ¡Uvas verdes! ¡Sarah Hopkins se refiere a Genevieve, a Roberta y a mí como las chicas gardenia! Apostaría a que daría diez años de su vida y su educación europea por ser una chica gardenia y tener tres o cuatro hombres enamorados de ella y que le sacaran a bailar cada pocos pasos.

—Me parece —interrumpió la señora Harvey con bastante cansancio— que deberías poder hacer algo por Bernice. Sé que no es muy vivaz.

Marjorie gimió.

—¡Vivaz! ¡Dios santo! Nunca le he oído decir nada a un chico excepto que hace calor o que la pista está llena o que va a ir a estudiar a Nueva York el año que viene. A veces les pregunta qué tipo de coche tienen y les dice el que tiene ella. ¡Emocionante!

Hubo un breve silencio y luego la señora Harvey retomó su estribillo:

—Todo lo que sé es que otras chicas ni la mitad de dulces y atractivas consiguen pareja. Martha Carey, por ejemplo, es corpulenta y ruidosa, y su madre es claramente vulgar. Roberta Dillon está tan delgada este año que parece que Arizona fuera el lugar para ella. Se está matando a bailar.

—Pero, mamá —objetó Marjorie con impaciencia—, Martha es alegre y terriblemente ingeniosa y una chica muy desenvuelta, ¡y

Roberta es una bailarina maravillosa! ¡Ha sido popular durante años!

La señora Harvey bostezó.

—Creo que es esa disparatada sangre india que tiene Bernice — continuó Marjorie—. Quizá sea una reversión al tipo. Todas las mujeres indias simplemente se sentaban por ahí y nunca decían nada.

—Vete a la cama, niña tonta —rio la señora Harvey—. No te habría contado eso si hubiera pensado que ibas a recordarlo. Y creo que la mayoría de tus ideas son perfectamente idiotas —terminó adormilada.

Hubo otro silencio, mientras Marjorie consideraba si valía la pena o no convencer a su madre. Las personas mayores de cuarenta rara vez pueden ser convencidas permanentemente de algo. A los dieciocho, nuestras convicciones son colinas desde las que miramos; a los cuarenta y cinco, son cuevas en las que nos escondemos.

Habiendo decidido esto, Marjorie dio las buenas noches. Cuando salió al pasillo, estaba completamente vacío.

CAPÍTULO III

Mientras Marjorie desayunaba tarde al día siguiente, Bernice entró en la habitación con un buenos días bastante formal, se sentó enfrente, la miró fijamente y se humedeció ligeramente los labios.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió Marjorie, bastante perpleja.

Bernice hizo una pausa antes de lanzar su granada de mano.

—Oí lo que le dijiste de mí a tu madre anoche.

Marjorie se sobresaltó, pero solo mostró un color ligeramente más intenso en las mejillas y su voz era completamente serena cuando habló.

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo. No pretendía escuchar... al principio.

Tras una involuntaria mirada de desprecio, Marjorie bajó los ojos y se interesó mucho en hacer equilibrios con un copo de maíz suelto en el dedo.

—Supongo que será mejor que vuelva a Eau Claire... si soy una molestia tan grande. —El labio inferior de Bernice temblaba violentamente y continuó con voz vacilante—: He intentado ser agradable, y... y primero me han ignorado y luego insultado. Nadie que me haya visitado ha recibido jamás un trato así.

Marjorie guardó silencio.

—Pero estorbo, ya veo. Soy un lastre para ti. No les gusto a tus amigos. —Hizo una pausa y luego recordó otro de sus agravios—. Por supuesto que me enfurecí la semana pasada cuando intentaste insinuarme que ese vestido no me favorecía. ¿No crees que sé vestirme sola?

—No —murmuró Marjorie en voz apenas audible.

—¿Qué?

—No insinué nada —dijo Marjorie sucintamente—. Dije, si mal no recuerdo, que era mejor llevar un vestido favorecedor tres veces seguidas que alternarlo con dos espantos.

—¿Crees que fue algo muy amable de decir?

—No intentaba ser amable. —Luego, tras una pausa—: ¿Cuándo quieres irte?

Bernice inspiró bruscamente.

—¡Oh! —Fue un pequeño medio sollozo.

Marjorie levantó la vista sorprendida.

—¿No dijiste que te ibas?

—Sí, pero...

—¡Ah, solo ibas de farol!

Se miraron fijamente a través de la mesa del desayuno por un momento. Olas brumosas pasaban ante los ojos de Bernice, mientras que el rostro de Marjorie mostraba esa expresión bastante dura que usaba cuando estudiantes universitarios ligeramente ebrios intentaban ligar con ella.

—Así que ibas de farol —repitió como si fuera lo que cabría esperar.

Bernice lo admitió rompiendo a llorar. Los ojos de Marjorie mostraban aburrimiento.

—Eres mi prima —sollozó Bernice—. Te estoy v-v-visitando. Iba a quedarme un mes, y si vuelvo a casa mi madre lo sabrá y se pre-pre-preguntará...

Marjorie esperó hasta que el chaparrón de palabras entrecortadas se redujo a pequeños sollozos.

—Te daré mi asignación del mes —dijo fríamente—, y puedes pasar esta última semana donde quieras. Hay un hotel muy agradable...

Los sollozos de Bernice se elevaron hasta una nota aflautada y, levantándose de repente, huyó de la habitación.

Una hora más tarde, mientras Marjorie estaba en la biblioteca absorta en componer una de esas cartas maravillosamente esquivas y que no comprometían a nada que solo una joven puede escribir, Bernice reapareció, con los ojos muy rojos y conscientemente tranquila. No dirigió ninguna mirada a Marjorie, sino que cogió un libro al azar del estante y se sentó como para leer. Marjorie parecía absorta en su carta y continuó escribiendo. Cuando el reloj marcó el mediodía, Bernice cerró su libro de golpe.

—Supongo que será mejor que saque mi billete de tren.

Este no era el comienzo del discurso que había ensayado arriba, pero como Marjorie no estaba captando las indirectas —no la instaba a ser razonable; es un error—, era la mejor apertura que pudo reunir.

—Espera a que termine esta carta —dijo Marjorie sin volverse—. Quiero echarla en el próximo correo.

Después de otro minuto, durante el cual su pluma rasgó afanosamente, se dio la vuelta y se relajó con aire de «a tu disposición». De nuevo, Bernice tuvo que hablar.

—¿Quieres que me vaya a casa?

—Bueno —dijo Marjorie, considerándolo—, supongo que si no te lo estás pasando bien, será mejor que te vayas. No tiene sentido ser desdichada.

—¿No crees que la más elemental amabilidad...?

—¡Oh, por favor, no cites 'Mujercitas'! —exclamó Marjorie con impaciencia—. ¡Eso está pasado de moda!

—¿Tú crees?

—¡Cielos, sí! ¿Qué chica moderna podría vivir como esas mujeres necias?

—Fueron los modelos para nuestras madres.

Marjorie rio.

—Sí, claro... ¡ini hablar! Además, nuestras madres estaban muy bien a su manera, pero saben muy poco sobre los problemas de sus hijas.

Bernice se irguió.

—Por favor, no hables de mi madre.

Marjorie rio.

—No creo haberla mencionado.

Bernice sintió que la estaban desviando de su tema.

—¿Crees que me has tratado muy bien?

—He hecho lo posible. Eres un material bastante difícil de trabajar.

Los párpados de Bernice enrojecieron.

—Creo que eres dura y egoísta, y no tienes ni una cualidad femenina.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Marjorie desesperada—. ¡Pequeña tontita! Chicas como tú sois responsables de todos los matrimonios tediosos e incoloros; de todas esas espantosas ineficacias que pasan por cualidades femeninas. ¡Qué golpe debe ser cuando un hombre con imaginación se casa con el hermoso montón de ropa sobre el que ha estado construyendo ideales, y descubre que es solo una masa débil, quejumbrosa, cobarde y llena de afectación!

La boca de Bernice se había entreabierto.

—¡La mujer muy mujer! —continuó Marjorie—. Toda su vida temprana se ocupa en críticas quejumbrosas de chicas como yo, que realmente nos divertimos.

La mandíbula de Bernice descendió aún más mientras la voz de Marjorie se elevaba.

—Hay alguna excusa para que una chica fea se queje. Si yo hubiera sido irremediablemente fea, nunca habría perdonado a mis padres por traerme al mundo. Pero tú empiezas la vida sin ninguna desventaja... —El pequeño puño de Marjorie se cerró—. Si esperas que llore contigo, te decepcionarás. Vete o quédate, como quieras. —Y recogiendo sus cartas, salió de la habitación.

Bernice adujo un dolor de cabeza y no apareció para el almuerzo. Tenían una cita para la sesión de tarde, pero persistiendo el dolor de cabeza, Marjorie dio explicaciones a un chico no muy abatido. Pero cuando regresó al final de la tarde, encontró a Bernice con un rostro extrañamente decidido esperándola en su dormitorio.

—He decidido —comenzó Bernice sin preámbulos— que tal vez tengas razón en las cosas... posiblemente no. Pero si me dices por

qué tus amigos no están... no están interesados en mí, veré si puedo hacer lo que quieres que haga.

Marjorie estaba frente al espejo ahuecándose el pelo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Sin reservas? ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Bueno, yo...

—¡Bueno, nada! ¿Harás exactamente lo que yo diga?

—Si son cosas sensatas.

—¡No lo son! Tu caso no requiere cosas sensatas.

—¿Vas a hacer... a recomendar...?

—Sí, todo. Si te digo que tomes clases de boxeo, tendrás que hacerlo. Escribe a casa y dile a tu madre que te vas a quedar otras dos semanas.

—Si me dices...

—Muy bien... solo te daré algunos ejemplos ahora. Primero, no tienes soltura. ¿Por qué? Porque nunca estás segura de tu aspecto personal. Cuando una chica siente que está perfectamente arreglada y vestida, puede olvidarse de esa parte de sí misma. Eso es encanto. Cuantas más partes de ti misma puedas permitirte olvidar, más encanto tienes.

—¿No tengo buen aspecto?

—No; por ejemplo, nunca cuidas tus cejas. Son negras y lustrosas, pero al dejarlas desgreñadas son un defecto. Serían hermosas si las cuidaras en una décima parte del tiempo que dedicas a no hacer nada. Vas a cepillarlas para que crezcan rectas.

Bernice alzó las cejas en cuestión.

—¿Quieres decir que los hombres se fijan en las cejas?

—Sí, subconscientemente. Y cuando vuelvas a casa deberías arreglarte un poco los dientes. Es casi imperceptible, aun así...

—Pero yo pensaba —interrumpió Bernice desconcertada— que despreciabas las pequeñas y remilgadas cosas femeninas como esa.

—Odio las mentes remilgadas —respondió Marjorie—. Pero una chica tiene que ser arreglada en persona. Si tiene un aspecto fabuloso, puede hablar de Rusia, de ping-pong o de la Sociedad de Naciones y salirse con la suya.

—¿Qué más?

—¡Oh, acabo de empezar! Está tu forma de bailar.

—¿No bailo bien?

—No, no lo haces... te apoyas en el hombre; sí, lo haces... muy ligeramente. Lo noté cuando bailábamos juntas ayer. Y bailas erguida en lugar de inclinarte un poco. Probablemente alguna anciana desde fuera te dijo una vez que parecías muy digna así. Pero excepto con una chica muy pequeña, es mucho más duro para el hombre, y él es el que cuenta.

—Continúa. —El cerebro de Bernice daba vueltas.

—Bueno, tienes que aprender a ser amable con los hombres que son «pájaros tristes». Pareces insultada cada vez que te juntan con cualquiera que no sean los chicos más populares. Vamos, Bernice, a mí me sacan a bailar cada pocos pasos... ¿y quién lo hace la mayoría de las veces? Pues esos mismos pájaros tristes. Ninguna chica puede permitirse descuidarlos. Son la gran parte de cualquier grupo. Los chicos jóvenes demasiado tímidos para hablar son la mejor práctica de conversación. Los chicos torpes son la mejor práctica de baile. Si puedes seguirlos y aun así parecer grácil, puedes seguir a un tanquecito a través de un rascacielos de alambre de espino.

Bernice suspiró profundamente, but Marjorie no había terminado.

—Si vas a un baile y realmente diviertes, digamos, a tres pájaros tristes que bailan contigo; si les hablas tan bien que olvidan que

están plantados contigo, has hecho algo. Volverán la próxima vez, y gradualmente tantos pájaros tristes bailarán contigo que los chicos atractivos verán que no hay peligro de quedarse plantados... entonces bailarán contigo.

—Sí —asintió Bernice débilmente—. Creo que empiezo a ver.

—Y finalmente —concluyó Marjorie—, el aplomo y el encanto simplemente llegarán. Te despertarás una mañana sabiendo que lo has alcanzado y los hombres también lo sabrán.

Bernice se levantó.

—Ha sido terriblemente amable por tu parte... pero nadie me había hablado así antes, y me siento algo sorprendida.

Marjorie no respondió, sino que contempló pensativamente su propia imagen en el espejo.

—Eres un encanto por ayudarme —continuó Bernice.

Marjorie seguía sin responder, y Bernice pensó que había parecido demasiado agradecida.

—Sé que no te gusta el sentimentalismo —dijo tímidamente.

Marjorie se volvió hacia ella rápidamente.

—Oh, no estaba pensando en eso. Estaba considerando si no sería mejor que te cortaras el pelo à la garçonne .

Bernice se derrumbó hacia atrás sobre la cama.

CAPÍTULO IV

El miércoles siguiente por la noche hubo una cena con baile en el club de campo. Cuando los invitados entraron tranquilamente,

Bernice encontró su tarjeta de sitio con una ligera sensación de irritación. Aunque a su derecha se sentaba G. Reece Stoddard, un joven soltero muy deseable y distinguido, el importantísimo lado izquierdo solo lo ocupaba Charley Paulson. A Charley le faltaba altura, belleza y astucia social, y en su nueva iluminación, Bernice decidió que su única cualificación para ser su pareja era que nunca se había quedado plantado con ella. Pero esta sensación de irritación desapareció con los últimos platos de sopa, y le vinieron a la mente las instrucciones específicas de Marjorie. Tragándose su orgullo, se volvió hacia Charley Paulson y se lanzó.

—¿Cree que debería cortarme el pelo à la garçonne , Sr. Charley Paulson?

Charley levantó la vista sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque lo estoy considerando. Es una forma tan segura y fácil de atraer la atención.

Charley sonrió agradablemente. No podía saber que esto había sido ensayado. Respondió que no sabía mucho sobre el pelo corto. Pero Bernice estaba allí para informarle.

—Quiero ser una vampiresa de sociedad, ¿sabe? —anunció con frialdad, y continuó informándole de que el pelo corto era el preludio necesario. Añadió que quería pedirle consejo, porque había oído que era muy crítico con las chicas.

Charley, que sabía tanto de la psicología de las mujeres como de los estados mentales de los contemplativos budistas, se sintió vagamente halagado.

—Así que he decidido —continuó ella, elevando ligeramente la voz — que a principios de la semana que viene iré a la barbería del Hotel Sevier, me sentaré en el primer sillón y me cortaré el pelo à la garçonne . —Titubeó al notar que la gente cercana había interrumpido su conversación y estaba escuchando; pero tras un segundo confuso, las instrucciones de Marjorie surtieron efecto, y

terminó su párrafo para todos los presentes cercanos—. Por supuesto, cobraré entrada, pero si todos vienen a animarme, repartiré pases para los asientos de primera fila.

Hubo una oleada de risas de apreciación, y al abrigo de ella, G. Reece Stoddard se inclinó rápidamente y le dijo cerca del oído: —Reservo un palco ahora mismo.

Ella se encontró con sus ojos y sonrió como si él hubiera dicho algo sorprendentemente brillante.

—¿Cree en el pelo corto? —preguntó G. Reece en el mismo susurro.

—Creo que es inmoral —afirmó Bernice gravemente—. Pero, por supuesto, tienes que divertir a la gente, o darles de comer, o escandalizarlos. —Marjorie había entresacado esto de Oscar Wilde. Fue recibido con una oleada de risas por parte de los hombres y una serie de miradas rápidas e intensas por parte de las chicas. Y entonces, como si no hubiera dicho nada de ingenio o importancia, Bernice se volvió de nuevo hacia Charley y le habló confidencialmente al oído.

—Quiero pedirle su opinión sobre varias personas. Imagino que es usted un maravilloso juez de carácter.

Charley se estremeció ligeramente; le hizo un sutil cumplido volcando su vaso de agua.

Dos horas más tarde, mientras Warren McIntyre estaba pasivamente en la fila de los hombres solos, observando distraídamente a los bailarines y preguntándose adónde y con quién había desaparecido Marjorie, una percepción inconexa comenzó a invadirle lentamente: la percepción de que a Bernice, prima de Marjorie, le habían sacado a bailar varias veces en los últimos cinco minutos. Cerró los ojos, los abrió y volvió a mirar. Hacía varios minutos que bailaba con un chico de visita, algo fácilmente explicable; un chico de visita no sabría más. Pero ahora bailaba con otro, y allí estaba Charley Paulson dirigiéndose hacia ella con

entusiasta determinación en la mirada. Extraño: Charley rara vez bailaba con más de tres chicas por noche.

Warren se sorprendió claramente cuando —habiendo efectuado el cambio— el hombre relevado resultó ser nada menos que el propio G. Reece Stoddard. Y G. Reece no parecía en absoluto exultante por ser relevado. La siguiente vez que Bernice bailó cerca, Warren la observó atentamente. Sí, era guapa, claramente guapa; y esta noche su rostro parecía realmente vivaz. Tenía esa mirada que ninguna mujer, por muy dotada que estuviera para la actuación, puede fingir con éxito: parecía que se lo estaba pasando bien. Le gustaba cómo llevaba el pelo arreglado, se preguntó si sería brillantina lo que lo hacía relucir tanto. Y ese vestido era favorecedor: un rojo oscuro que realzaba sus ojos profundos y sus mejillas sonrosadas. Recordó que la había considerado guapa cuando llegó por primera vez a la ciudad, antes de darse cuenta de que era sosa. Lástima que fuera sosa... las chicas sosas eran insoportables... aunque ciertamente guapa.

Sus pensamientos volvieron en zigzag a Marjorie. Esta desaparición sería como otras desapariciones. Cuando reapareciera, él exigiría saber dónde había estado; le dirían enfáticamente que no era asunto suyo. ¡Qué lástima que estuviera tan segura de él! Se deleitaba sabiendo que ninguna otra chica de la ciudad le interesaba; lo desafiaba a enamorarse de Genevieve o Roberta.

Warren suspiró. El camino hacia los afectos de Marjorie era ciertamente un laberinto. Levantó la vista. Bernice bailaba de nuevo con el chico de visita. Medio inconscientemente, dio un paso fuera de la fila de hombres solos en dirección a ella, y dudó. Luego se dijo a sí mismo que era caridad. Caminó hacia ella... chocó de repente con G. Reece Stoddard.

—Perdóneme —dijo Warren.

Pero G. Reece no se había detenido a disculparse. Había vuelto a sacar a bailar a Bernice.

Esa noche, a la una en punto, Marjorie, con una mano en el interruptor de la luz eléctrica en el pasillo, se giró para echar un último vistazo a los ojos chispeantes de Bernice.

—¿Así que funcionó?

—¡Oh, Marjorie, sí! —exclamó Bernice.

—Vi que te lo estabas pasando muy bien.

—¡Sí! El único problema fue que sobre la medianoche me quedé sin conversación. Tuve que repetirme... con hombres diferentes, por supuesto. Espero que no comparen notas.

—Los hombres no lo hacen —dijo Marjorie, bostezando—, y no importaría si lo hicieran... pensarían que eres aún más astuta.

Apagó la luz de golpe, y mientras subían las escaleras, Bernice se agarró agradecida a la barandilla. Por primera vez en su vida, estaba cansada de tanto bailar.

—Ya ves —dijo Marjorie al final de la escalera—, un hombre ve a otro sacar a bailar a una chica y piensa que debe haber algo ahí. Bueno, mañana prepararemos algún material nuevo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras Bernice se soltaba el pelo, repasó mentalmente la velada. Había seguido las instrucciones exactamente. Incluso cuando Charley Paulson la sacó a bailar por octava vez, había simulado deleite y aparentemente había estado interesada y halagada. No había hablado del tiempo ni de Eau Claire ni de automóviles ni de su escuela, sino que había limitado su conversación a yo, tú y nosotros.

Pero unos minutos antes de quedarse dormida, un pensamiento rebelde se agitaba somnolientamente en su cerebro: después de todo, era ella quien lo había hecho. Marjorie, sin duda, le había dado la conversación, pero Marjorie sacaba gran parte de su conversación de cosas que leía. Bernice había comprado el vestido rojo, aunque nunca lo había valorado mucho antes de que Marjorie lo desenterrara de su baúl... y su propia voz había dicho las palabras,

sus propios labios habían sonreído, sus propios pies habían bailado. Marjorie buena chica... vanidosa, sin embargo... buena velada... chicos simpáticos... como Warren... Warren... Warren... cómo se llama... Warren...

Se quedó dormida.

CAPÍTULO V

Para Bernice, la semana siguiente fue una revelación. Con la sensación de que la gente realmente disfrutaba mirándola y escuchándola, llegó la base de la confianza en sí misma. Por supuesto, al principio hubo numerosos errores. No sabía, por ejemplo, que Draycott Deyo estudiaba para sacerdote; ignoraba que la había sacado a bailar porque pensaba que era una chica tranquila y reservada. De haber sabido estas cosas, no le habría soltado la frase que empezaba con «¡Hola, "Neurosis de Guerra"!», y continuaba con la historia de la bañera: «Se necesita una energía espantosa para arreglarme el pelo en verano —hay tanto—, así que siempre me lo arreglo primero y me empolvo la cara y me pongo el sombrero; luego me meto en la bañera y me visto después. ¿No crees que es el mejor plan?».

Aunque Draycott Deyo estaba lidiando con dificultades relativas al bautismo por inmersión y posiblemente podría haber visto una conexión, hay que admitir que no lo hizo. Consideraba el baño femenino un tema inmoral y le expuso algunas de sus ideas sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero para compensar ese desafortunado incidente, Bernice tenía varios éxitos notables en su haber. El pequeño Otis Ormonde canceló un viaje al Este y optó en cambio por seguirla con una devoción perruna, para diversión de su pandilla y para irritación de G. Reece

Stoddard, varias de cuyas visitas vespertinas Otis arruinó por completo con la repugnante ternura de las miradas que dirigía a Bernice. Incluso le contó la historia del listón de madera y el tocador para mostrarle cuán fructíferamente equivocados habían estado él y todos los demás en su primer juicio sobre ella. Bernice se tomó a broma ese incidente con una ligera sensación de desasosiego.

De toda la conversación de Bernice, quizás la línea más conocida y universalmente aprobada fue la relativa a cortarse el pelo à la garçonne .

—Oh, Bernice, ¿cuándo te vas a cortar el pelo?

—Pasado mañana, tal vez —respondía ella, riendo—. ¿Vendrás a verme? Porque cuento contigo, ¿sabes?

—¿Que si iremos? ¡Ya lo creo! Pero más vale que te des prisa.

Bernice, cuyas intenciones tonsoriales eran estrictamente deshonorosas, volvía a reír.

—Muy pronto. Te sorprenderías.

Pero quizás el símbolo más significativo de su éxito fue el coche gris del hipercrítico Warren McIntyre, aparcado diariamente frente a la casa de los Harvey. Al principio, la doncella se sobresaltó claramente cuando preguntó por Bernice en lugar de por Marjorie; después de una semana, le dijo a la cocinera que la señorita Bernice le había quitado el mejor pretendiente a la señorita Marjorie.

Y la señorita Bernice lo había hecho. Quizás comenzó con el deseo de Warren de despertar los celos en Marjorie; quizás fue el aire familiar aunque no reconocido de Marjorie en la conversación de Bernice; quizás fueron ambas cosas y algo de atracción sincera además. Pero de alguna manera, la mente colectiva de la gente joven supo en una semana que el pretendiente más fiable de Marjorie había dado un giro asombroso y cortejaba indiscutiblemente a la invitada de Marjorie. La cuestión del momento era cómo se lo tomaría Marjorie. Warren llamaba a Bernice por teléfono dos veces al día, le enviaba notas, y se les veía

frecuentemente juntos en su roadster , obviamente absortos en una de esas conversaciones tensas y significativas sobre si él era sincero o no.

Marjorie, cuando le lanzaban pullas, solo reía. Decía que estaba muy contenta de que Warren hubiera encontrado por fin a alguien que lo apreciara. Así que la gente joven también rio, supuso que a Marjorie no le importaba y lo dejó así.

Una tarde, cuando solo quedaban tres días de su visita, Bernice esperaba en el recibidor a Warren, con quien iba a una partida de bridge . Estaba de un humor bastante dichoso, y cuando Marjorie — que también iba a la partida— apareció a su lado y empezó a ajustarse despreocupadamente el sombrero en el espejo, Bernice estaba completamente desprevenida para cualquier cosa parecida a un enfrentamiento. Marjorie hizo su trabajo muy fríamente y sucintamente en tres frases.

—Será mejor que te saques a Warren de la cabeza —dijo fríamente.

—¿Qué? —Bernice estaba completamente atónita.

—Será mejor que dejes de hacer el ridículo por Warren McIntyre. Le importas un bledo.

Durante un tenso momento se miraron la una a la otra: Marjorie desdeñosa, distante; Bernice atónita, medio enfadada, medio asustada. Entonces dos coches se detuvieron frente a la casa y hubo un alboroto de bocinazos. Ambas jadearon débilmente, se giraron y, lado a lado, salieron apresuradamente.

Durante toda la partida de bridge , Bernice luchó en vano por dominar una creciente inquietud. Había ofendido a Marjorie, la esfinge entre las esfinges. Con las intenciones más sanas e inocentes del mundo, había robado la propiedad de Marjorie. Se sintió repentina y horriblemente culpable. Después de la partida de bridge , cuando se sentaron en un círculo informal y la conversación se volvió general, la tormenta estalló gradualmente. El pequeño Otis Ormonde la precipitó inadvertidamente.

—¿Cuándo vas a volver al jardín de infancia, Otis? —había preguntado alguien.

—¿Yo? El día que Bernice se corte el pelo à la garçonne .

—Entonces tu educación ha terminado —dijo Marjorie rápidamente—. Eso es solo un farol suyo. Deberías haberte dado cuenta.

—¿Es verdad? —demandó Otis, lanzando a Bernice una mirada de reproche.

A Bernice le ardían las orejas mientras intentaba pensar en una réplica eficaz. Ante este ataque directo, su imaginación estaba paralizada.

—Hay muchos faroles en el mundo —continuó Marjorie muy agradablemente—. Deberías ser lo bastante joven para saber eso, Otis.

—Bueno —dijo Otis—, tal vez. ¡Pero caramba! Con una labia como la de Bernice...

—¿De verdad? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál es su última agudeza?

Nadie parecía saberlo. De hecho, Bernice, habiendo juguetado con el pretendiente de su musa, no había dicho nada memorable últimamente.

—¿Era todo eso realmente una pose? —preguntó Roberta con curiosidad.

Bernice vaciló. Sintió que se le exigía algún tipo de ingenio, pero bajo los ojos repentinamente fríos de su prima, estaba completamente incapacitada.

—No lo sé —titubeó.

—¡Bah! —dijo Marjorie—. ¡Admítelo!

Bernice vio que los ojos de Warren habían dejado un ukelele con el que estaba juguetando y estaban fijos en ella interrogativamente.

—¡Oh, no lo sé! —repitió con firmeza. Sus mejillas ardían.

—¡Bah! —remarcó Marjorie de nuevo.

—¡Desembucha, Bernice! —instó Otis—. Mándala a paseo.

Bernice miró a su alrededor de nuevo; parecía incapaz de apartarse de los ojos de Warren.

—Me gusta el pelo corto —dijo apresuradamente, como si él le hubiera hecho una pregunta—, y tengo la intención de cortarme el mío.

—¿Cuándo? —exigió Marjorie.

—En cualquier momento.

—No hay mejor momento que el presente —sugirió Roberta.

Otis se puso en pie de un salto.

—¡Buena idea! —exclamó—. ¡Haremos una fiesta de corte de pelo veraniega! Barbería del Hotel Sevier, creo que dijiste.

En un instante, todos estaban en pie. El corazón de Bernice palpitaba violentamente.

—¿Qué? —jadeó.

Del grupo surgió la voz de Marjorie, muy clara y despectiva.

—¡No os preocupéis, se echará atrás!

—¡Vamos, Bernice! —gritó Otis, dirigiéndose hacia la puerta.

Cuatro ojos —los de Warren y los de Marjorie— la miraban fijamente, la desafiaban, la retaban. Por otro segundo, dudó alocadamente.

—Está bien —dijo rápidamente—. No me importa hacerlo.

Una eternidad de minutos más tarde, yendo hacia el centro de la ciudad al final de la tarde junto a Warren, los demás siguiéndola de cerca en el coche de Roberta, Bernice tenía todas las sensaciones de María Antonieta camino de la guillotina en una carreta. Vagamente

se preguntó por qué no gritaba que todo era un error. Apenas podía evitar agarrarse el pelo con ambas manos para protegerlo del mundo repentinamente hostil. Sin embargo, no hizo ninguna de las dos cosas. Ni siquiera el pensamiento de su madre era un freno ahora. Esta era la prueba suprema de su espíritu deportivo; su derecho a caminar sin oposición en el cielo estrellado de las chicas populares.

Warren estaba taciturno y silencioso, y cuando llegaron al hotel, se detuvo en el bordillo e indicó a Bernice con la cabeza que saliera primero. El coche de Roberta vació a una multitud risueña en la barbería, que presentaba dos audaces escaparates de cristal a la calle.

Bernice se detuvo en el bordillo y miró el letrero: Barbería Sevier. Era una guillotina, de hecho, y el verdugo era el primer barbero, quien, ataviado con una bata blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba con indiferencia en el primer sillón. Debía de haber oído hablar de ella; debía de haber estado esperando toda la semana, fumando eternos cigarrillos junto a ese portentoso y demasiado mencionado primer sillón. ¿Le vendarían los ojos? No, pero le atarían un paño blanco alrededor del cuello, no fuera que algo de su sangre —tonterías— pelo — cayera sobre su ropa.

—Muy bien, Bernice —dijo Warren rápidamente.

Con la barbilla en alto, cruzó la acera, empujó la puerta de vaivén con mosquitera y, sin dirigir una mirada a la fila alborotadora y bulliciosa que ocupaba el banco de espera, se acercó al barbero gordo.

—Quiero que me corte el pelo à la garçonne .

La boca del primer barbero se entreabrió un poco. Su cigarrillo cayó al suelo.

—¿Eh?

—¡Mi pelo... córtemelo!

Rechazando más preliminares, Bernice ocupó su asiento en alto. Un hombre en el sillón junto a ella se giró de lado y le lanzó una mirada, mitad espuma, mitad asombro. Un barbero dio un respingo y estropeó el corte de pelo mensual del pequeño Willy Schuneman. El Sr. O'Reilly en el último sillón gruñó y maldijo musicalmente en gaélico antiguo cuando una navaja le cortó la mejilla. Dos limpiabotas abrieron los ojos como platos y corrieron hacia sus pies. No, Bernice no quería un limpiado.

Afuera, un transeúnte se detuvo y se quedó mirando; una pareja se unió a él; las narices de media docena de niños cobraron vida, aplastadas contra el cristal; y fragmentos de conversación transportados por la brisa veraniega entraron a la deriva por la puerta mosquitera.

—¡Mira qué pelo más largo tiene esa cría!

—¿De dónde sacas eso? ¡Esa es una mujer barbuda que acaba de afeitarse!

Pero Bernice no vio nada, no oyó nada. Su única percepción consciente le decía que este hombre de la bata blanca había quitado una peineta de Carey y luego otra; que sus dedos manipulaban torpemente horquillas desconocidas; que este pelo, este maravilloso pelo suyo, se iba... nunca más sentiría su largo y voluptuoso tirón mientras colgaba en una gloria castaño oscuro por su espalda. Por un segundo estuvo a punto de derrumbarse, y entonces la imagen ante ella apareció mecánicamente ante sus ojos: la boca de Marjorie curvándose en una leve sonrisa irónica como diciendo:

«¡Ríndete y bájate! Intentaste desafiarme y descubrí tu farol. Ya ves que no tienes ninguna posibilidad».

Y una última energía surgió en Bernice, pues apretó las manos bajo el paño blanco, y hubo un curioso entrecerrar de ojos que Marjorie comentó a alguien mucho después.

Veinte minutos más tarde, el barbero la giró para enfrentarla al espejo, y ella hizo una mueca ante toda la extensión del daño que se había producido. Su pelo no era rizado y ahora caía en mechones

lacios y sin vida a ambos lados de su rostro repentinamente pálido. Era feo como un pecado; había sabido que sería feo como un pecado. El principal encanto de su rostro había sido una simplicidad de Madona. Ahora eso había desaparecido y era... bueno, terriblemente mediocre; no teatral, solo ridícula, como una bohemia de Greenwich Village que se hubiera dejado las gafas en casa.

Mientras bajaba del sillón intentó sonreír; fracasó miserablemente. Vio a dos de las chicas intercambiar miradas; notó la boca de Marjorie curvada en una sutil burla... y que los ojos de Warren eran repentinamente muy fríos.

—Ya veis... —sus palabras cayeron en una pausa incómoda— lo he hecho.

—Sí, lo has... hecho —admitió Warren.

—¿Os gusta?

Hubo un «Claro» poco entusiasta de dos o tres voces, otra pausa incómoda, y entonces Marjorie se giró rápidamente y con intensidad serpentina hacia Warren.

—¿Te importaría llevarme a la tintorería? —preguntó—. Simplemente tengo que recoger un vestido allí antes de la cena. Roberta va directa a casa y puede llevar a los demás.

Warren miró distraídamente alguna mota infinita fuera de la ventana. Luego, por un instante, sus ojos se posaron fríamente en Bernice antes de volverse hacia Marjorie.

—Encantado —dijo lentamente.

CAPÍTULO VI

Bernice no se dio cuenta plenamente de la indignante trampa que le habían tendido hasta que se encontró con la mirada atónita de su tía justo antes de la cena.

—¡Pero Bernice!

—Me lo he cortado à la garçonne , tía Josephine.

—¡Pero, niña!

—¿Te gusta?

—¡Pero Bernice!

—Supongo que te he escandalizado.

—No, pero ¿qué pensará mañana por la noche la señora Deyo? Bernice, deberías haber esperado hasta después del baile de los Deyo... deberías haber esperado si querías hacer eso.

—Fue repentino, tía Josephine. De todos modos, ¿por qué le importa especialmente a la señora Deyo?

—Pero niña —exclamó la señora Harvey—, ¡en su ponencia sobre 'Las Debilidades de la Generación Joven' que leyó en la última reunión del Club del Jueves dedicó quince minutos al pelo corto! Es su abominación particular. ¡Y el baile es para ti y para Marjorie!

—Lo siento.

—Oh, Bernice, ¿qué dirá tu madre? Pensará que te dejé hacerlo.

—Lo siento.

La cena fue una agonía. Había hecho un intento apresurado con un rizador, y se quemó el dedo y mucho pelo. Podía ver que su tía estaba preocupada y afligida, y su tío no dejaba de decir: «¡Bueno, me cachis!» una y otra vez en un tono dolido y ligeramente hostil. Y

Marjorie se sentó muy quieta, atrincherada tras una leve sonrisa, una sonrisa ligeramente burlona.

De alguna manera sobrevivió a la velada. Llamaron tres chicos; Marjorie desapareció con uno de ellos, y Bernice hizo un intento apático y fallido de entretener a los otros dos... suspiró agradecida mientras subía las escaleras hacia su habitación a las diez y media. ¡Qué día!

Cuando se hubo desvestido para dormir, la puerta se abrió y entró Marjorie.

—Bernice —dijo—, siento muchísimo lo del baile de los Deyo. Te doy mi palabra de honor de que me había olvidado por completo.

—No pasa nada —dijo Bernice secamente. De pie ante el espejo, se pasó lentamente el peine por el pelo corto.

—Mañana te llevaré al centro —continuó Marjorie—, y el peluquero te lo arreglará para que luzcas estupenda. No imaginé que lo llevarías a cabo. Lo siento muchísimo de verdad.

—¡Oh, no pasa nada!

—Aun así, es tu última noche, así que supongo que no importará mucho.

Entonces Bernice hizo una mueca de dolor cuando Marjorie echó su propio pelo sobre los hombros y empezó a trenzarlo lentamente en dos largas trenzas rubias hasta que, con su negligé color crema, pareció una delicada pintura de alguna princesa sajona. Fascinada, Bernice observó cómo crecían las trenzas. Pesadas y lujosas, se movían bajo los ágiles dedos como serpientes inquietas... y a Bernice le quedaba esta reliquia y el rizador y un mañana lleno de miradas. Podía ver a G. Reece Stoddard, a quien ella gustaba, adoptando sus modales de Harvard y diciéndole a su compañera de cena que no deberían haber permitido a Bernice ir tanto al cine; podía ver a Draycott Deyo intercambiando miradas con su madre y luego siendo concienzudamente caritativo con ella. Pero quizás para mañana la señora Deyo ya se habría enterado de la noticia; enviaría una notita

helada pidiéndole que no asistiera... y a sus espaldas todos se reirían y sabrían que Marjorie la había dejado en ridículo; que su oportunidad de belleza había sido sacrificada al capricho celoso de una chica egoísta. Se sentó de repente ante el espejo, mordiéndose el interior de la mejilla.

—Me gusta —dijo con esfuerzo—. Creo que será favorecedor.

Marjorie sonrió.

—Tiene buen aspecto. ¡Por el amor de Dios, no dejes que te preocupe!

—No lo haré.

—Buenas noches, Bernice.

Pero cuando la puerta se cerró, algo se rompió dentro de Bernice. Se levantó de un salto enérgicamente, apretando las manos, luego cruzó rápida y silenciosamente hasta su cama y de debajo sacó su maleta. Dentro arrojó artículos de aseo y una muda. Luego se volvió hacia su baúl y rápidamente vació dos cajones llenos de lencería y vestidos de verano. Se movía en silencio, pero con eficiencia implacable, y en tres cuartos de hora su baúl estaba cerrado con llave y correas y ella estaba completamente vestida con un favorecedor traje de viaje nuevo que Marjorie le había ayudado a elegir.

Sentándose en su escritorio, escribió una breve nota a la señora Harvey, en la que esbozaba brevemente sus razones para irse. La selló, la dirigió y la dejó sobre la almohada. Miró su reloj. El tren salía a la una, y sabía que si caminaba hasta el Hotel Marlborough, a dos manzanas de distancia, podría conseguir fácilmente un taxi.

De repente, inspiró bruscamente y una expresión brilló en sus ojos que un experto lector de caracteres podría haber conectado vagamente con la mirada decidida que había tenido en el sillón del barbero; de alguna manera, un desarrollo de ella. Era una mirada bastante nueva para Bernice... y acarrearía consecuencias.

Fue sigilosamente al tocador, recogió un objeto que yacía allí y, apagando todas las luces, se quedó quieta hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Suavemente empujó la puerta de la habitación de Marjorie. Oyó la respiración tranquila y regular de una conciencia tranquila dormida.

Estaba ahora junto a la cama, muy resuelta y tranquila. Actuó rápidamente. Inclinandose, encontró una de las trenzas del pelo de Marjorie, la siguió con la mano hasta el punto más cercano a la cabeza y, luego, sujetándola un poco floja para que la durmiente no sintiera ningún tirón, alargó la mano con las tijeras y la cortó. Con la trenza en la mano, contuvo la respiración. Marjorie había murmurado algo en sueños. Bernice amputó hábilmente la otra trenza, hizo una pausa por un instante y luego se deslizó rápida y silenciosamente de vuelta a su propia habitación.

Abajo, abrió la gran puerta principal, la cerró cuidadosamente tras ella y, sintiéndose extrañamente feliz y exuberante, bajó del porche a la luz de la luna, balanceando su pesada maleta como una bolsa de la compra. Después de un minuto de caminata enérgica, descubrió que su mano izquierda todavía sostenía las dos trenzas rubias. Rio inesperadamente; tuvo que cerrar la boca con fuerza para evitar soltar una carcajada sonora. Pasaba ahora por delante de la casa de Warren y, por impulso, dejó su equipaje y, balanceando las trenzas como un trozo de cuerda, las arrojó al porche de madera, donde aterrizaron con un leve golpe sordo. Volvió a reír, sin contenerse ya.

—¡Ja! —rio tontamente, salvajemente—. ¡Arráncale la cabellera a la egoísta!

Luego, recogiendo su maleta, partió medio corriendo por la calle iluminada por la luna.

FIN

1. [Berenice se corta el pelo - F. Scott Fitzgerald](#)
2. [Capítulo I](#)
3. [Capítulo II](#)
4. [Capítulo III](#)
5. [Capítulo IV](#)
6. [Capítulo V](#)
7. [Capítulo VI](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB